

GLOBALIZACIÓN Y PLANETARIZACIÓN

Un abordaje desde la epistemología de la complejidad.

“.... El mundo hoy, el mundo de la educación, nos obliga a cultivar, por un lado, el escepticismo y, por el otro, la utopía. El escepticismo que nos viene de la conciencia de saber que la educación es siempre uno de los espacios sociales donde se produce la desigualdad y la discriminación cara a cara de los otros: el otro pobre, el otro negro, el otro mujer, el otro extranjero. Es necesario estar atentos. La utopía que nos llega de la conciencia de saber que todo es todavía posible, que hay una ciencia a reinventar, y que esta ciencia no sería escéptica, indiferente, ciega de la vida...”

ANTONIO NOVOA.¹

En los debates filosóficos actuales, particularmente en los últimos congresos en los que me ha tocado participar, he escuchado con frecuencia que la filosofía tiene un aspecto transformador, y por ello enseñar filosofía implica una relación con el pensamiento que esperamos sea transformadora. Me preocupa sin embargo que esta transformación se proponga operarla desde la vaguedad y la incertidumbre como base epistemológica de un quehacer científico. Se afirma el caos por oposición al orden, se afirma que las sendas absolutas y los fundamentos no existen, por ello, toda educación con el más mínimo tinte metafísico es tachada de fundamentalismo, de ficción o de mito fundamentalista.

En nuestra época el conocimiento se mueve en la incertidumbre; los saberes entran en crisis desde sí mismos y empujados por la “furia desesperada de la técnica desencadenada”. Nuestra época de desconcierto, de conmoción, es un tiempo que exige filosofar, pues en todos los campos pone en crisis lo seguro². Aparentemente, no es éste un tiempo para un pensar radical como se quiere desde lo filosófico. Regida por el motor de la ganancia, la liberada economía esclerosa todo en una globalización que presenta el cambio como fragmentación, como estallido, para que nada cambie.

Nada más lejos del orden como aspiración del saber filosófico del cual nos hablaba Tomás. Hoy se habla de epistemologías abiertas, basadas en el caos, como la respuesta adecuada a la cultura globalizada en la que nos encontramos inmersos.

Sin embargo, y al mismo tiempo, es llamativo cómo el malestar por la globalización se ha generalizado de tal modo que aun las posturas epistemológicas más desencontradas

¹ Citado en: LESSARD, Claude: Globalisation et education. Conférence d'ouverture du forum Education et Développement. Mars 1998 Faculté des sciences de l'éducation. Université de Montreal.

² LANGON, Mauricio, en: BERNALES ALVARADO, Manuel- LOBOSCO, Marcelo (Compiladores): Filosofía, Educación y Sociedad global. Ediciones del signo. UNESCO. Montevideo. 2005

comparten un diagnóstico común frente a los males de dicha globalización. Desde diversos sectores y discursos, se reclama por una globalización con rostro más humano.

Edgar Morin propone una epistemología de la complejidad que articula con la educación en una era planetaria como posible respuesta. Iremos mostrando a lo largo de este trabajo, que esta propuesta brinda elementos positivos pero también y en cuanto parte de supuestos epistemológicos discutibles, llega a respuestas que se tornan insuficientes a la luz del rigor metafísico exigida por una antropología integral.

SOBRE EL CONCEPTO GLOBALIZACIÓN

Según Hobsbawm, el siglo XX corto ha sido una era de guerras religiosas, aunque las más militantes y sanguinarias de sus religiones, como el nacionalismo y el socialismo, fuesen ideologías laicas nacidas en el siglo XIX, cuyos dioses eran abstracciones o políticos venerados como divinidades³.

En su discurso del 3 de Junio de este año, el actual Director General de la UNESCO, Koichiro Matsuura, reclamaba por una globalización con rostro más humano. En realidad este reclamo no es nuevo, cuando en el año 2002, el premio Nobel 2001 de economía, Joseph Stiglitz⁴ publicaba su libro *El malestar en la globalización*, ya anunciaba con pormenores de detalles las posibles causas de dicho malestar, y aparecía el término mismo de malestar para designar ese descontento generalizado frente al avasallamiento que pueden significar las políticas globalizadoras. Alguien dijo en esos momentos que la obra de Stiglitz se transformaría con el tiempo en algo parecido al *Contrato Social* de Rousseau, personalmente no sé si la obra tendrá una repercusión comparable, pero lo que sí me pareció muy positivo fue que un economista nos daba una visión filosófica y esencialmente humana sobre las políticas de empobrecimiento que trae aparejadas la globalización. Sin embargo, Stiglitz afirma convencido que los beneficios para la humanidad son muchos, sólo debe intentarse que esta globalización sea más justa.

Los alborotos y las protestas contra las políticas y medidas de las instituciones de la globalización no son desde luego una novedad. Durante décadas los pueblos del mundo subdesarrollado se han rebelado cuando los problemas de austeridad impuestos en sus países han sido demasiado severos, pero sus quejas no solían tener eco en Occidente. Lo nuevo es hoy la ola de condena en los países desarrollados⁵.

³ HOBBSAWM, E.J.: *Historia del siglo XX* Crítica. Grijalbo. Buenos Aires. 1999

⁴ STIGLITZ, Joseph: *El malestar en la globalización*. Taurus . Buenos Aires. 2002

⁵ *Idem*

¿Qué es ese fenómeno de la globalización?

Fundamentalmente, es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación, y el desmantelamiento de las barreras artificiales a los títulos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y personas a través de las fronteras.

Stiglitz considera que la globalización ha sido beneficiosa en algún sentido: La apertura al comercio internacional ayudó a numerosos países a crecer mucho más rápidamente de lo que habrían podido en caso contrario. El comercio exterior fomenta el desarrollo cuando las exportaciones del país lo impulsan; el crecimiento propiciado por las exportaciones fue la clave de la política industrial que enriqueció a Asia y mejoró la suerte de millones de personas. Gracias a la globalización muchas personas viven hoy más tiempo y con un nivel de vida muy superior.

La globalización ha reducido la sensación de aislamiento experimentada en buena parte del mundo en desarrollo y ha brindado a muchas personas de esas naciones acceso a un conocimiento que hace un siglo ni siquiera estaba al alcance de los más ricos del planeta. Las propias protestas anti-globalización son resultado de esta mayor interconexión. Los vínculos entre los activistas de todo el mundo, en particular los forjados mediante la comunicación por Internet, dieron lugar a la presión que desembocó en el tratado internacional sobre las minas anti-persona. Análogamente, una bien orquestada presión forzó a la comunidad internacional a condonar la deuda de algunos de los países más pobres.

Sin embargo, para muchos en el mundo subdesarrollado la globalización no ha cumplido con sus promesas de beneficio económico.

La creciente división entre los poseedores y los desposeídos ha dejado a una masa creciente en el Tercer Mundo sumida en la más abyecta pobreza y viviendo con menos de un dólar por día. A pesar de los repetidos compromisos sobre la mitigación de la pobreza en la última década del siglo XX, el número de pobres ha aumentado en casi cien millones.

La globalización y la introducción de la economía de mercado no han producido los resultados prometidos en Rusia ni en la mayoría de las demás economías en transición desde el comunismo hacia el mercado. Occidente aseguró a esos países que el nuevo sistema económico les brindaría una prosperidad sin precedentes. En vez de ello, generó una pobreza sin precedentes en muchos aspectos, para el grueso de la población, la economía de mercado se ha revelado incluso peor de lo que habían predicho sus dirigentes comunistas.

Si los beneficios de la globalización han resultado en demasiadas ocasiones inferiores a lo que sus defensores reivindican, el precio pagado ha sido superior, porque el medio

ambiente fue destruido, los procesos políticos corrompidos y el veloz ritmo de los cambios no dejó a los países un tiempo suficiente para la adaptación cultural. Las crisis que desembocaron en un paro masivo fueron a su vez seguidas de problemas de disolución social a largo plazo – desde la violencia urbana en América Latina hasta conflictos étnicos en otros lugares, como Indonesia.

El descontento con la globalización no surge sólo de la aparente primacía de la economía sobre todo lo demás, sino del predominio de una visión concreta de la economía –el fundamentalismo de mercado- sobre todas las demás visiones

Una globalización más justa y más eficaz para elevar los niveles de vida, especialmente de los pobres no implica sólo cambiar estructuras institucionales. El propio esquema mental en torno a la globalización debe modificarse.

Una de las razones por las que es atacada la globalización es porque parece conspirar contra los valores tradicionales. Los conflictos son reales y en cierta medida inevitables. El crecimiento económico –incluyendo el inducido por la globalización- dará como resultado la urbanización, lo que socava las sociedades rurales tradicionales. Por desgracia, hasta el presente, los responsables de gestionar la globalización, aunque han alabado esos beneficios positivos, demasiado a menudo han mostrado una insuficiente apreciación de ese lado negativo: la amenaza a la identidad y los valores culturales.

Stiglitz afirma que si la globalización sigue siendo conducida como hasta ahora, si continuamos sin aprender de nuestros errores, la globalización no sólo fracasará en la promoción del desarrollo sino que seguirá generando pobreza e inestabilidad. Si no hay reformas la reacción que ya ha comenzado se extenderá y el malestar ante la globalización aumentará

Se necesitan políticas para un crecimiento sostenible, equitativo y democrático. El desarrollo consiste en transformar las sociedades, mejorar las vidas de los pobres, permitir que todos tengan la oportunidad de salir adelante y acceder a la salud y a la educación.

EPISTEMOLOGÍA DE LA COMPLEJIDAD Y PLANETARIZACION

Según Patrice Vermeren, la globalización se refiere más bien a la cuestión económica, pero la mundialización es algo más que la movilización de los mercados⁶. La idea es que la nueva figura de la universalidad vendrá a destruir las antiguas figuras utópicas de la universalidad. Entonces, esta mundialización real de la economía, esta generalización de los

⁶ VERMEREN, Patrice, en: Filosofía, Educación....cit

mercados financieros, que dan lugar a una redefinición de las prácticas económicas, da también lugar a una redefinición de la política; es por eso que se cuestionan la nacionalidad y la ciudadanía hoy, pero también da lugar a una redefinición de la tecnología y de las costumbres.

Edgar Morin distingue entre globalización y planetarización. El término “planetarización” es un término más complejo que globalización porque es un término radicalmente antropológico que expresa la inserción simbiótica, pero al mismo tiempo extraña, de la humanidad en el planeta Tierra. Porque la Tierra no es sólo un terreno donde se despliega la globalización, sino una totalidad compleja física /biológica/ antropológica. Es decir, hay que comprender la vida como emergente de la historia de la tierra y a la humanidad como emergente de la historia de la vida terrestre. La relación del ser humano con la naturaleza y el planeta no puede concebirse de un modo reductor ni separadamente.

Establece una necesaria relación entre epistemología y antropología. La complejidad humana muestra un ser bio-cultural: sapiens/demens y no sólo homo sapiens/sapiens. La visión de las antropologías culturalistas que niegan la realidad biológica del hombre, así como los biologicismos que creen que la cultura está determinada por la biología, son hijos de un pensamiento reductor, simplificador y lógicamente excluyente. Y nos proporciona una particular concepción de la dimensión trascendente del hombre cuando afirma que el ser humano es también un ser extraño al planeta porque es un ser a la vez natural y sobrenatural. Natural porque tiene un doble arraigo: el cosmos físico y a la esfera viviente. Y sobrenatural porque el hombre, al mismo tiempo, sufre un cierto desarraigo y extrañeza debido a las características propias de la humanidad, a la cultura, a las religiones, a la mente, a la conciencia que lo han vuelto extraño al cosmos, del cual no deja de ser secretamente íntimo.

Para comprender la condición humana y la condición del mundo humano es preciso conocer cómo en el nacimiento de la historia moderna la condición del mundo humano se transformó en era planetaria. El sueño de salir de la edad de hierro planetaria parecía materializarse y realizarse en el impulso del progreso y el desarrollo. El progreso se identificaba con la propia marcha de la historia humana y era propulsado por los desarrollos de la ciencia, de la técnica, de la razón. La pérdida de la relación con el pasado era reemplazada, compensada, por la adquisición del avance hacia el futuro. La fe moderna en el desarrollo, el progreso y el futuro se habían expandido en la Tierra entera. Esa fe constituía el fundamento común de la ideología democrático-capitalista occidental, donde el progreso prometía bienes y bienestar terrestres y la ideología comunista, religión de salvación terrestre, que llegaba a prometer el “paraíso socialista”.

Pero en los inicios del siglo XXI la aparentemente avasallante e irreversible carrera de la hélice de mundialización económica sufre perturbaciones. En forma paralela a su despliegue aparece otra dimensión que crece como su sombra: la planetarización del malestar social, que más tarde se expresará en una protesta, cada vez más generalizada, contra aquellas actividades y visiones que motorizan la primera mundialización y presuponen que el mundo es gobernable como una mercancía.

La ciencia, la técnica y el desarrollo económico, que parecían ser el motor de un progreso seguro, revelan sus ambivalencias. Mientras la noción de progreso se ha vuelto incierta, las redes de comunicación en el tiempo real permiten revelar y observar los males de nuestra civilización allí donde se esperaban resultados positivos.

El desarrollo ha suscitado y favorecido la formación de enormes estructuras tecnoburocráticas que por un lado dominan y pisotean todos los problemas individuales, singulares y concretos, y por otro lado, producen la irresponsabilidad, el desapego.

Así es como creció nuestro malestar en el bienestar. Este malestar de un gran número de personas se constata en el consumo desenfrenado de psicotrópicos y antidepresivos. La mayoría de las enfermedades tienen origen somático o psíquico, pero existe también la posibilidad de un origen social o de civilización. Todos esos males considerados como privados, y contra los que luchamos en forma individual, son indicativos de ese malestar general, el de una civilización sometida a la atomización, al anonimato, a las restricciones mecánicas y mutilantes, a la pérdida de sentido.

Anonimización, atomización, mercaderización, degradación moral, malestar, progresan de manera interdependiente. La pérdida de responsabilidad (en el seno de las maquinarias tecnoburocráticas compartimentadas e hiperespecializadas) y la pérdida de la solidaridad (debido a la atomización de los individuos y a la obsesión del dinero) conducen a la degradación moral y psicosocial, dado que no hay sentido moral sin sentido de responsabilidad y sin sentido de solidaridad.

Pero nada está sentenciado, porque además de estas tendencias, han aparecido también una serie de contra-tendencias: las resistencias privadas e individuales a la atomización y al anonimato; la toma de conciencia ecológica. Emerge de esta manera una gran demanda de solidaridad concreta y viva, de persona a persona, de grupos de individuos a personas, de personas concretas a grupos. Moralizar, convivir, resurgir, según Morin en torno a estos tres verbos se estructuran los posibles desarrollos de la solidaridad y de la pertenencia a un destino común.

La planetarización del malestar abre el camino para la posible emergencia de otras alternativas de configuración social más coherentes con el destino de la humanidad, la idea del mundo como patria común. Los movimientos sociales, fermentos de una sociedad planetaria, que activamente se oponen a la globalización unidimensional, no son sólo movimientos contra la expansión de la primera mundialización, sino también contra una determinada forma de vivir y de estar en el planeta.

Si bien los llamados movimientos antiglobalización están todavía lejos de una acción conjunta y de la construcción de una visión alternativa, son fermentos de una búsqueda de posibles respuestas a una crisis de una civilización que sólo avanzó en la dimensión racional, instrumental y tecnológica, reduciendo la búsqueda del bienestar a una modalidad de consumo casi compulsiva.

La crisis ambiental y su articulación retroalimentante con la pobreza, la violencia, organizada y las migraciones compulsivas, muestran a las claras que el fenómeno capital de nuestro tiempo, denominado globalización, es un fenómeno que contiene ingredientes autodestructivos, pero al mismo tiempo, contiene también los ingredientes que pueden movilizar a la humanidad para la búsqueda de soluciones planetarias basadas en la necesidad de una antropolítica.

La política del hombre o antropolítica progresará con el impulso de la segunda mundialización reuniendo y organizando todos aquellos movimientos de ciudadanos que, desde culturas diferentes, parten de la vivencia común del planeta, entendido como la casa de todos, y que, conservando los logros de la civilización técnica, reaccionan contra los efectos de una civilización reducida a lo cuantitativo, el dinero, lo prosaico, y lo agresivo.

La creación de una civilización planetaria, como deseaban muchos de los miembros pertenecientes a estos internacionalismos, es inviable sin la noción encarnada planetariamente de una Tierra-Patria.

¿Qué significa Tierra- Patria? Significa la matriz fundamental para la conciencia y el sentido de pertenencia que ligue a la humanidad con la Tierra considerada como primera y última patria. La patria es el término masculino/ femenino que unifica en él lo maternal y lo paternal.

La educación deberá reestablecer esta noción y a partir de ella fortalecer el aprendizaje de una condición cívica terrena que implica el reconocimiento de nuestro lazo consustancial con la biosfera y abandonar el sueño prometeico de la conquista del universo.

A modo de brevísima conclusión, advertimos que ante el reclamo de una globalización más justa, más humana, la mayoría de los autores proponen una recuperación de valores, que,

en el caso de Morin irá signada por la epistemología que le sirve de base, la epistemología de la complejidad, desde la cual propone un pensamiento complejo que reconoce la vaguedad e imprecisión del pensamiento por oposición a la certidumbre; la ausencia de fundamento como signo de lucidez por oposición a la razón abstracta y omnipresente que en realidad lleva a la mitologización y al autoengaño. Salta a la vista la oposición a una metafísica realista. Si bien Morin no presenta su epistemología como una lucha contra el “dogmatismo” ni se identifica con el escepticismo y el relativismo, afirma esta incertidumbre como base. Desde allí se proponen estos términos de antropolítica, Tierra- patria, que nos dejan en la dimensión exclusivamente natural dada además su particularísima concepción de lo trascendente, olvidando en realidad que allí donde mejor se resume la otredad del otro es en el concepto cristiano de prójimo.

Miriam Dolly Arancibia de Calmels